En la biografía no hay nada que haga sospechar que este casi “funcionario musical” representa la culminación de toda la historia de la música anterior a él, como también el origen de la corriente que ha de desembocar en la música de nuestro tiempo. Una poderosa síntesis de sensibilidad, imaginación e inteligencia hace, de Bach, una de las figuras cumbre de la historia de la música. La curiosidad insaciable y el constante trabajo de Bach le llevaron a leer y adaptar gran cantidad de música de compo­sitores de diferentes países y épocas, y a realizar la más formidable síntesis de la historia de la música. No es un innovador, pues desconfía de las formas nuevas que no han sido ampliamente aceptadas. Los elementos fundamentales que garan­tizan la universalidad de su obra son, por una parte, el carácter tradicional de su genio, que lleva hasta sus últimas consecuencias la expresión contrapuntística heredada de la Edad Media; y por otra, la aparición de una conciencia armóni­ca que, especialmente en la coral luterana, a la que da su forma más perfecta, preludia ya el desarrollo posterior de la música. Bach es, así, remate y punto de partida de dos mundos culturales. La admiración que Bach suscitó entre sus contemporáneos desaparece al cabo de un siglo de su muerte, a causa del viraje que se produce en la música, en época de transición entre la polifonía (combinación de varias voces o partes) y la homofonía (melodía única de acompañamiento). El barroco acaba oficialmente con la muerte de Bach (1750), y el hombre que coronaba con su música toda una época de la historia de la cultura, cae en el olvido: durante los siguientes cien años, el nombre de Bach sólo es asociado al del talento de sus hijos compositores. Pero el mundo musical vuelve a interesarse por sus compo­siciones en el siglo XIX y, esto, gracias a la ejecución -en el breve intervalo de bien pocos años- de dos de sus grandes oratorios: “La pasión según San Mateo”, en Berlín, con Félix Mendelssohn al frente de la orquesta, y “La pasión según San Juan”. Tanto fue el interés desvelado, que en el 1850 se editó su obra completa. Era lógico que fuese su obra coral la desencadenante de este rebrote de popularidad, ya que el gran maestro del barro­co no tuvo rival en este género. En sus cantatas de iglesia, identificables por el noble fraseo y en la sublimidad de los versos, exalta la fe de sus antepasados y las grandes festivi­dades de su Iglesia; Bach, según propia confesión, practica su arte “para mayor gloria de Dios” y por su medio consigue, más que ningún otro compositor coetáneo suyo, convertir la loanza y exultación en experiencia musical tan bella como sublime. En sus grandes oratorios, en sus composiciones para órgano y, sobre todo, en las casi doscientas cantatas de iglesia, Bach traduce de manera sobrecogedora al lenguaje musical los más bellos versículos de la Biblia.